

**Faith & Order Plenary Commission**  
Orthodox Academy of Crete (Kolympari, Chania), 13 October 2009

***The Nature and Mission of the Church***  
**An Evaluation from a Latin-American Perspective**

Fr. Jorge A. Scampini, O.P.

Agradezco la invitación a integrar este panel que procura hacer una evaluación de *The Nature and Mission of the Church* (NMC), desde la perspectiva de diferentes contextos regionales; en mi caso, desde “una” perspectiva latinoamericana. En otras oportunidades en que se me ha pedido algo semejante, lo primero que me ha parecido oportuno recordar es el hecho de que América Latina (AL) es una realidad demasiado vasta y compleja, no sólo en extensión, sino además en diversidad de pueblos, culturas, estamentos sociales, económicos, políticos e incluso eclesiales, para que un solo aporte pueda considerarse “la” perspectiva latinoamericana (si bien es cierto que son muchos los factores históricos, culturales y políticos que en AL permiten hablar de un sustrato común y de una unidad de destino, en un grado quizá desconocido en otras partes del planeta). El espacio en el que vivo (Buenos Aires – Argentina) es uno entre muchos contextos posibles en AL; muchos cuestionarán si es el más representativo. Mi pertenencia eclesial –católico romano– no puedo dejarla de lado, y ello determina el modo en que concibo a la Iglesia y su misión.<sup>1</sup> Por otra parte, por razones históricas, la Iglesia católica es la Iglesia con presencia más prolongada en AL y la que permanece, a pesar de la creciente diversificación en ámbito religioso, numéricamente mayoritaria.

En este encuentro somos 6 los miembros provenientes de América Latina y 1 del Caribe:

- Iglesia Evangélica de Confesión Luterana en Brasil (2);
- Iglesia Metodista Argentina (1);
- Iglesia Católica Romana/Argentina (1);
- Iglesia Metodista en Bolivia (1);
- Iglesia Morava en Nicaragua (1);
- Iglesia Episcopal de Cuba (1).

### 1. Temas presentes en NMC importantes para la Iglesia en América Latina

Sin dejar de subrayar el valor de todo el documento, presentación panorámica de la naturaleza y la misión de la Iglesia, que procura del modo más sistemático posible expresar, de manera alentadora, las convergencias alcanzadas en el ámbito ecuménico, me detendré sólo en un aspecto de los que se encuentran tratados en el texto: “la misión de la Iglesia” (34-42) y, en relación con éste,

---

<sup>1</sup> Oportunamente, el Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos presentó su aporte para la continuación del proceso NMC; cf. “A Catholic Contribution Toward Revising *The Nature and Mission of the Church*” (January 14, 2008).

“la Iglesia como signo e instrumento del designio de Dios” (43-47); que ofrece los fundamentos para el último capítulo: “En y para el mundo” (109-123).

En las últimas décadas, los cristianos en AL se han caracterizado por haber hecho claras opciones tendientes a un más comprometido servicio de evangelización, asumiendo cada vez con mayor conciencia el hecho de que la promoción humana, el trabajo por la justicia y la paz, y la salvaguarda de la creación son parte integrante del anuncio del Evangelio de Jesucristo, destinado a todos los seres humanos y al ser humano en su integridad. Esa progresiva toma de conciencia ha sido la respuesta eclesial a una realidad de fragmentación, exclusión social, violencia y abuso de los bienes de la creación, que marcan nuestras sociedades y dañan nuestro hábitat natural, comprometiendo la posibilidad de una vida digna y plena para todos. De las primeras y diversas experiencias de opción por los pobres, y de los primeros ensayos que han intentado dar a esa opción una fundamentación teológica, no sin tensiones al interior de la comunidad eclesial y con las instancias seculares de poder —experiencia vivida en mayor o menor medida por todas las iglesias—, se ha ido haciendo cada vez más transparente para todos la clara convicción del fundamento evangélico de la *diakonía* que la Iglesia, por vocación, está llamada a ofrecer al mundo. Esto es afirmado y alentado no sólo en ensayos teológicos sino en la misma enseñanza oficial de las iglesias.<sup>2</sup>

Por eso, contemplando NMC desde el recorrido hecho por nuestras iglesias en AL, es posible ver con satisfacción que las afirmaciones referentes a la misión de la Iglesia, en su conjunto, expresan una visión de esa misión integral e integradora: La Iglesia como manifestación de la misericordia de Dios y servidora del designio de Dios (34); la proclamación del Evangelio y el testimonio de los valores del Reino (35.38.110); el servicio de la reconciliación, la *diakonía* y el cuidado de la creación (36.109); el testimonio (37.39.111); la cercanía y defensa de los pobres y marginados (40). Todo esto puede ayudar a señalar el profundo arraigo evangélico de ciertas opciones de los cristianos en el mundo, que no son “apéndices” de la misión de la Iglesia, sino que expresan y realizan en la historia el misterio de la Iglesia como signo e instrumento del designio divino (43-47). Esta visión, además de enriquecer nuestra concepción de la Iglesia, puede ayudar a superar ciertas tensiones no resueltas en el movimiento ecuménico —ecumenismo doctrinal *versus* ecumenismo del servicio y del testimonio—, y que requieren para ello una más clara explicitación de los fundamentos eclesiológicos.

## 2. ¿Qué sería necesario integrar en el texto desde una perspectiva latinoamericana?

No es fácil sugerir algo al respecto, porque NMC es un documento a nivel universal, y en un texto de ese carácter no siempre es posible que queden reflejadas las realidades propias de los contextos. Quizá, lo que señalaría, es que sería profundamente importante que se afirme, por activa y

---

<sup>2</sup> Para uno de los últimos ejemplos, cf. discurso de Benedicto XVI, el 13 de mayo de 2007, en la inauguración de la Vª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, en Aparecida (Brasil): “Dios es la realidad fundante, no un Dios sólo pensado o hipotético, sino el Dios de rostro humano; es el Dios-con-nosotros, el Dios del amor hasta la cruz. Cuando el discípulo llega a la comprensión de este amor de Cristo “hasta el extremo”, no puede dejar de responder a este amor si no es con un amor semejante: “Te seguiré adondequiera que vayas” (Lc 9, 57). Todavía nos podemos hacer otra pregunta: ¿Qué nos da la fe en este Dios? La primera respuesta es: nos da una familia, la familia universal de Dios en la Iglesia católica. La fe nos libera del aislamiento del yo, porque nos lleva a la comunión: el encuentro con Dios es, en sí mismo y como tal, encuentro con los hermanos, un acto de convocación, de unificación, de responsabilidad hacia el otro y hacia los demás. *En este sentido, la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza* (cf. 2 Co 8, 9).” (...) Los pueblos latinoamericanos y caribeños tienen derecho a una vida plena, propia de los hijos de Dios, con unas condiciones más humanas: libres de las amenazas del hambre y de toda forma de violencia. Para estos pueblos, sus pastores han de fomentar una cultura de la vida que permita, como decía mi predecesor Pablo VI, “pasar de la miseria a la posesión de lo necesario, a la adquisición de la cultura... a la cooperación en el bien común... hasta el reconocimiento, por parte del hombre, de los valores supremos y de Dios, que de ellos es la fuente y el fin” (*Populorum progressio*, 21).

por pasiva, el vínculo indisoluble entre la naturaleza de la Iglesia y su misión; entre su “misterio” y su ser “para y en el mundo”. Me explico. Algo que los cristianos de AL podrían señalar, en mayor o menor medida y seguramente con diversos acentos, es el hecho de que en este momento de la historia, sin claudicar de la esperanza cristiana, sin embargo, no es tan fácil ser optimistas en lo que respecta al futuro de nuestro sub-continente. En efecto, AL es escenario de sus propios conflictos no resueltos o mal resueltos y, muchas veces, espacio residual de conflictos no resueltos o mal resueltos en las regiones hegemónicas del globo. Si la Iglesia está llamada a ser signo e instrumento de la reconciliación de Dios y de los seres humanos entre sí, y de la renovación en Cristo de toda la creación, sólo podrá ofrecer un servicio semejante si realiza ya en su seno aquello que proclama: “una comunidad de reconciliados que, siguiendo los pasos de su Señor y en Él, se presta a ofrecer un servicio de reconciliación”. El servicio de sanar las heridas y fragmentaciones de nuestros hermanos –como con tanta fuerza y claridad lo señala NMC 112-, nos exige sanar las heridas y fragmentaciones del mundo cristiano. La Iglesia debe ser, por vocación, el primer lugar de inclusión e integración. La unidad, entonces, no es un tema secundario; es condición de credibilidad. Creo que esto podría señalarse con más fuerza aún en NMC, al hablar de la unidad (53), sobre todo al encontrarnos a las puertas del centenario de la Conferencia Misionera de Edimburgo 1910, con su carga simbólica: la exigencia de la unidad de los cristianos en vista del anuncio del único Evangelio de reconciliación. Además, debería señalárselo al hablar de los posibles conflictos suscitados por diferentes opciones en cuestiones relativas a la ética (116-117).

Explicitar la importancia de la unidad, en esta perspectiva, puede tener, me parece, dos consecuencias positivas; la primera más de fondo, la segunda, para señalar el camino de la futura reflexión de *Faith and Order*:

- reconocer más explícitamente la unicidad del único plan de salvación de Dios, que quiere abrazar a la totalidad de la humanidad y de la creación. Es al servicio de ese plan que se comprende el ministerio de la Iglesia en un mundo donde conviven una globalización, que tiende a uniformar todo, y una creciente fragmentación que ha generado las más terribles exclusiones que ha conocido la historia.
- Subrayar no sólo las conexiones entre NMC y el estudio sobre moral, sino señalar dónde debe fundarse este último estudio en el cometido propio de *Faith and Order*.

De aquí que quizá sea importante explicitar, en el capítulo IV –“En y para el mundo”-, en qué se diferencia el servicio de la Iglesia respecto de aquel que ofrecen otras instancias e instituciones, con las cuales muchas veces compartimos programas y experiencias. Sin embargo, la Iglesia no es una ONG, ni un movimiento político, ni una agencia de servicios, sino signo profético e instrumento del designio de Dios, fundada en la única gracia bautismal y obrando en tensión escatológica; ella procura, desde Cristo, iluminar, incluir a todos, dejando el espacio que por su propia naturaleza compete a otras instancias. Esto invitaría a un mayor desarrollo de lo señalado en NMC 113-115.

### **3. ¿Qué contribución para el futuro desarrollo de NMC podría aportar la experiencia del camino eclesial recorrido en Latinoamérica?**

En AL, más allá de las experiencias propias de cada país, la Iglesia católica ha hecho un camino a nivel continental para reflexionar acerca de su misión ante desafíos que son comunes. A lo largo de las décadas, esa reflexión ha tenido como hitos las conferencias generales del episcopado latinoamericano [Río de Janeiro (1955); Medellín (1968); Puebla (1979), San Domingo (1992); Aparecida (2007)] –algo semejante podría decirse acerca del camino recorrido por el CLAI, pero para ello no soy la persona más autorizada-. A lo largo de los años, teniendo en cuentas las características de cada época y las preocupaciones del momento, se ha ido delineando una visión de la Iglesia y de su servicio a la realidad latinoamericana. Ese patrimonio es público y está disponible para

ser consultado y eventualmente aprovechar sus aportes para ser incorporados a nuestro estudio. Algo semejante a aquello que debería hacerse con el aporte, en ámbito ecuménico, con lo producido en los diálogos bilaterales.

Para concluir, y en respeto al tiempo que me ha sido asignado, quisiera mencionar tres aspectos de la experiencia del camino eclesial recorrido en AL, trayendo a colación en nota a pie de página algunos textos del documento conclusivo de la última Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (Aparecida, 2007)-. Mi intención es subrayar el hecho de que toda reflexión teológica acerca de la Iglesia adquiere sentido si nos conduce a renovar nuestra vida eclesial, a ampliar el horizonte de nuestra misión, y a favorecer que todas las mediaciones eclesiales contribuyan a hacer más transparente a los ojos del mundo el misterio de su Señor:

- 1) La necesidad de una continua renovación del espíritu evangelizador, que debe fundarse en una renovación de la vida cristiana.<sup>3</sup>
- 2) La necesidad de no descuidar el papel de la *diakonía* que, siguiendo los pasos del Jesús *diakonos*, es la dimensión que permite a muchos percibir a la Iglesia con mayor nitidez como un “signo profético”.<sup>4</sup> En esa *diakonía*, muchos hermanos y hermanas han dado testimonio de ser verdaderos discípulos de Cristo, incluso hasta el derramamiento de sangre.<sup>5</sup> Por eso, tampoco se debe olvidar la dimensión martirial de la Iglesia.
- 3) La necesidad, para el reconocimiento de la Iglesia como “signo profético”, de una clara afirmación de su identidad, es decir, de su arraigo en el misterio de Cristo y del impulso de vida que recibe del Espíritu.<sup>6</sup> Sólo así los cristianos podrán presentarse como una verdadera “carta de Cristo”,<sup>7</sup> y ser un atractivo y atrayente reflejo de la *koinonía* divina.<sup>8</sup>

---

<sup>3</sup> “La Iglesia está llamada a repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia su misión en las nuevas circunstancias latinoamericanas y mundiales. No puede replegarse frente a quienes sólo ven confusión, peligros y amenazas, o de quienes pretenden cubrir la variedad y complejidad de situaciones con una capa de ideologismos gastados o de agresiones irresponsables. Se trata de confirmar, renovar y revitalizar la novedad del Evangelio arraigada en nuestra historia, desde un encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que suscite discípulos y misioneros. Ello no depende tanto de grandes programas y estructuras, sino de hombres y mujeres nuevos que encarnen dicha tradición y novedad, como discípulos de Jesucristo y misioneros de su Reino, protagonistas de vida nueva para una América Latina que quiere reconocerse con la luz y la fuerza del Espíritu.” (Aparecida, 11)

<sup>4</sup> “Iluminados por Cristo, el sufrimiento, la injusticia y la cruz nos interpelan a vivir como Iglesia samaritana (cf. Lc 10, 25-37), recordando que “la evangelización ha ido unida siempre a la promoción humana y a la auténtica liberación cristiana”. (Aparecida, 26).

<sup>5</sup> “La Iglesia Católica en América Latina y El Caribe, a pesar de las deficiencias y ambigüedades de algunos de sus miembros, ha dado testimonio de Cristo, anunciado su Evangelio y brindado su servicio de caridad particularmente a los más pobres, en el esfuerzo por promover su dignidad, y también en el empeño de promoción humana en los campos de la salud, economía solidaria, educación, trabajo, acceso a la tierra, cultura, vivienda y asistencia, entre otros. Con su voz, unida a la de otras instituciones nacionales y mundiales, ha ayudado a dar orientaciones prudentes y a promover la justicia, los derechos humanos y la reconciliación de los pueblos. Esto ha permitido que la Iglesia sea reconocida socialmente en muchas ocasiones como una instancia de confianza y credibilidad. Su empeño a favor de los más pobres y su lucha por la dignidad de cada ser humano han ocasionado, en muchos casos, la persecución y aún la muerte de algunos de sus miembros, a los que consideramos testigos de la fe. Queremos recordar el testimonio valiente de nuestros santos y santas, y de quienes, aun sin haber sido canonizados, han vivido con radicalidad el evangelio y han ofrendado su vida por Cristo, por la Iglesia y por su pueblo.” (Aparecida, 98).

<sup>6</sup> “El Señor nos dice: “No tengan miedo” (Mt 28, 5). Como a las mujeres en la mañana de la Resurrección, nos repite: “¿Por qué buscan entre los muertos al que está vivo?” (Lc 24, 5). Nos alientan los signos de la victoria de Cristo resucitado, mientras suplicamos la gracia de la conversión y mantenemos viva la esperanza que no defrauda. Lo que nos define no son las circunstancias dramáticas de la vida, ni los desafíos de la sociedad, ni las tareas que debemos emprender, sino ante todo el amor recibido del Padre gracias a Jesucristo por la unción del Espíritu Santo. Esta prioridad fundamental es la que ha presidido todos nuestros trabajos, ofreciéndolos a Dios, a nuestra Iglesia, a nuestro pueblo, a cada uno de los latinoamericanos, mientras elevamos al Espíritu Santo nuestra súplica confiada para que redescubramos la belleza y la alegría de ser cristianos. Aquí está el reto fundamental que afrontamos: mostrar la capacidad de la Iglesia para promover y formar discípulos y misioneros que respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo. No tenemos otro tesoro que éste. No tenemos otra dicha ni otra prioridad que ser instrumentos del Espíritu de Dios, en Iglesia, para que

Jesucristo sea encontrado, seguido, amado, adorado, anunciado y comunicado a todos, no obstante todas las dificultades y resistencias. Este es el mejor servicio – ¡su servicio!– que la Iglesia tiene que ofrecer a las personas y naciones.” (*Aparecida*, 14).

<sup>7</sup> “La Iglesia, en cuanto marcada y sellada “con Espíritu Santo y fuego” (Mt 3, 11), continúa la obra del Mesías, abriendo para el creyente las puertas de la salvación (cf. 1 Co 6, 11). Pablo lo afirma de este modo: “Ustedes son una carta de Cristo redactada por ministerio nuestro y escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo” (2 Co 3, 3). El mismo y único Espíritu guía y fortalece a la Iglesia en el anuncio de la Palabra, en la celebración de la fe y en el servicio de la caridad, hasta que el Cuerpo de Cristo alcance la estatura de su Cabeza (cf. Ef. 4, 15-16). De este modo, por la eficaz presencia de su Espíritu, Dios asegura hasta la parusía su propuesta de vida para hombres y mujeres de todos los tiempos y lugares, impulsando la transformación de la historia y sus dinamismos. Por tanto, el Señor sigue derramando hoy su Vida por la labor de la Iglesia que, con “la fuerza del Espíritu Santo enviado desde el cielo” (1 P 1, 12), continúa la misión que Jesucristo recibió de su Padre (cf. Jn 20, 21).” (*Aparecida*, 151).

<sup>8</sup> “La Iglesia, como “comunidad de amor”, está llamada a reflejar la gloria del amor de Dios que, es comunión, y así atraer a las personas y a los pueblos hacia Cristo. En el ejercicio de la unidad querida por Jesús, los hombres y mujeres de nuestro tiempo se sienten convocados y recorren la hermosa aventura de la fe. “Que también ellos vivan unidos a nosotros para que el mundo crea” (Jn 17, 21). La Iglesia crece no por proselitismo sino “por ‘atracción’: como Cristo ‘atrae todo a sí’ con la fuerza de su amor”. La Iglesia “atrae” cuando vive en comunión, pues los discípulos de Jesús serán reconocidos si se aman los unos a los otros como Él nos amó (cf. Rm 12, 4-13; Jn 13, 34).” (*Aparecida*, 159).